

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LA NAVIDAD

La Navidad resulta una fiesta extraña porque casi ha perdido su origen religioso. ¿No deberíamos recuperarlo o al menos no perderlo del todo? A pesar de sus excesos, las religiones continúan siendo la más activa defensa contra la banalización del mundo, y esto hace que mucha gente se refugie en ellas para huir del sinsentido. Me viene a la memoria la figura del poeta T.S. Elliot, cuyo fervoroso acercamiento a la iglesia se explica por la confusión que le producía el mundo: "I can connect nothing with nothing" ("No puedo poner en conexión las

cosas"). Creo que debemos aprender de las religiones su rechazo a diluirse en la superficialidad. La Navidad puede entenderse de forma laica como la conmemoración del asombro ante el nacimiento de un ser humano. Es incomprensible que la filosofía, que se ha ocupado tanto de la muerte, apenas haya hablado del nacimiento, un hecho misterioso que por serlo puede relacionarse con ese modo de vivir lo misterioso que llamamos religión. Nacer es un acontecimiento ante el que debemos definirnos. Acabo de ver a un recién nacido, en brazos de su madre. Ya tiene un nombre, Martín, alrededor del cual irá tejiendo su vida y su personalidad. Puedo interpretar lo que he visto como un vulgar acontecimiento biológico: el nacimiento de una cría de mamífero bípedo. O puedo considerarlo un acontecimiento prodigioso: la emergencia a la luz de una persona, de una conciencia, de una libertad, de un mundo. ¿Cuál de las interpretaciones esco-

geré? Esa es la gran decisión: o nos encerramos en la zoología o nos elevamos sobre ella. O somos pura naturaleza dirigida por la violencia de las fuerzas naturales, que dicen que el fuerte debe comerse al débil, o nos elevamos sobre la naturaleza, creando un modo nuevo de vivir, guiado por otras leyes más humanas. Ya saben que llamo espíritu a esa posibilidad de apoyarnos en nuestra naturaleza animal para ir más allá de esa naturaleza. Se trata, pues, de si nos espiritualizamos o nos embrutecemos.

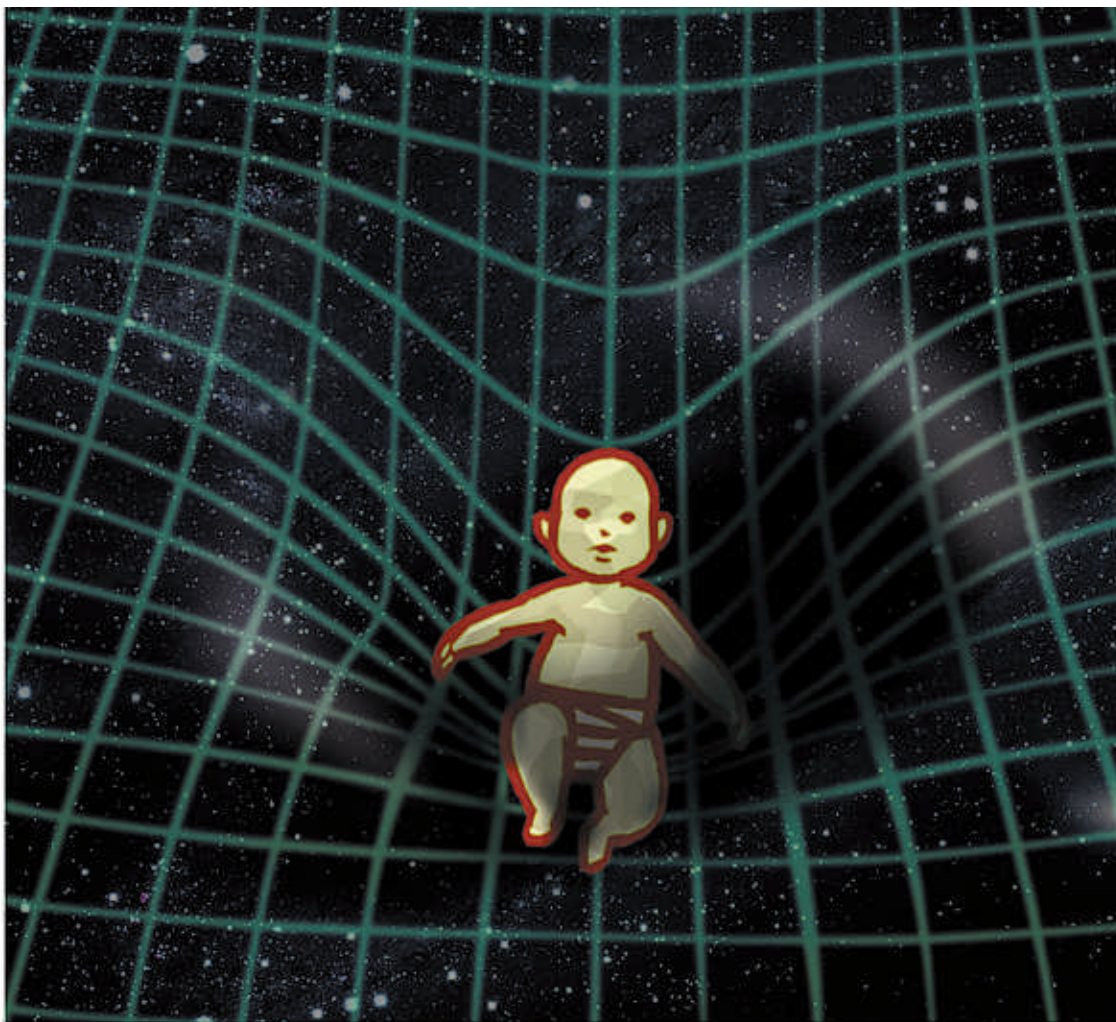
Quiero proponer la Navidad como la celebración de esa posibilidad. O mejor aún, de la admiración ante esa posibilidad. Retomo así parte de la tradición cristiana. Un evangelio apócrifo, el

O ESTAMOS SUMERGIDOS EN LA VIOLENCIA DE LA BIOLOGÍA, O LA SUPERAMOS CON LEYES MÁS HUMANAS

llamado *Protoevangelio de Santiago* imagina el nacimiento de Jesús como un instante de pasmo cósmico, con una ingenuidad deliciosa. Habla José y dice: "Al elevar mis ojos al espacio, me pareció ver como si el aire estuviera estremecido de asombro; y cuando fijé mi vista en el firmamento, lo encontré estático, y los pájaros del cielo inmóviles. También había

unas ovejas que iban siendo arreadas, pero estaban quietas, y el pastor levantó su diestra para bastonearlas, pero su mano quedó tendida en el aire. Y al dirigir mi vista hacia la corriente del río, vi como unos cabritillos ponían en ella sus hocicos, pero no bebían. Todas las cosas estaban por un momento apartadas de su curso normal". Luego, el mundo volvió a ser el lugar hostil que siempre ha sido.

En los evangelios, que son una conmovedora historia –casi imposible de percibir tras siglos de torpeza religiosa–, hay una nostalgia del nacimiento. En una dramática escena, Jesús dice al viejo Nicodemo que tiene que nacer de nuevo. Y Nicodemo le pregunta nostálgico: ¿es que acaso puedo volver al vientre de mi madre? Es muy significativa la insistencia con que las religiones han hablado de un re-nacimiento, de un nuevo nacimiento, como si los seres humanos añoráramos esa posibilidad, y como si las religiones se apresuraran a proporcionarnos esa esperanza. ■



Raúl